



Por Muriel Alarcón

Cada vez que el filósofo, académico y autor Daniel Innerarity viene a alguna actividad a Latinoamérica guarda tiempo para practicar el montañismo. En la lista de conquistas del director del Instituto de Gobernanza Democrática de San Sebastián está el volcán Cotopaxi en Ecuador, las montañas de Iztaccihuatl y Popocatepetl en México y también el cerro El Plomo en Santiago.

De visita en Chile estos días, Innerarity inaugurará el año académico de la U. de Valparaíso exponiendo sobre “Gobernar la sociedad de las crisis” –este 20 de abril, a las 12 horas en streaming por uv.cl–, y se presentará en el Festival Puerto de Ideas de Antofagasta para hablar sobre inteligencia artificial y democracia –el 24 de abril, a las 12.30 horas–.

El filósofo también ascenderá el cerro Toco en el Desierto de Atacama, un antiguo volcán a 5,600 metros de altura sobre el nivel del mar.

Para el Doctor en Filosofía, investigador “Ikerbasque” en la U. del País Vasco, profesor invitado en universidades como la London School of Economics y Georgetown, autor prolífico y premiado, y uno

Daniel Innerarity, filósofo:

“Estamos en un momento un poco histérico”

De paso en Chile para ser parte de Puerto de Ideas Antofagasta, el autor se refiere al impacto que tendrá la inteligencia artificial en la democracia. “Para unos es la solución definitiva y la despedida de la vieja política ideologizada; para otros, en cambio, un golpe mortal”.

de los 25 pensadores más importantes del mundo según la revista *Le Nouvel Observateur*, la montaña es, como la filosofía, un espacio de reflexión.

“El tiempo de la montaña es lento, de resistencia, y no tanto de aceleración (...). En el mundo actual, la lentitud es una forma de inteligencia; un espacio donde es más difícil cometer los errores típicos de la aceleración, como prestar más atención a lo inmediato y preguntarse poco por las tendencias de fondo”, dice.

La relación de Innerarity con Chile es de larga data. Ha visitado el país varias veces y aquí tiene amigos “que seguramente no solo me han leído, sino que también han difundido mi manera de pensar”. Su historia, agrega, es “de enamoramiento”.

“Es el país de Latinoamérica donde más me leen, como dice mi editor, y me lo dice poniendo una cara de asombro, porque es seguido a muchísima distancia por el siguiente país. En general, los fenómenos de enamoramiento no requieren una explicación, me gusta y ya está”.

Innerarity ha seguido con interés el proceso constituyente, sobre todo, dice, “en medio de una realidad tecnológica, global y geoestratégica como la que tenemos; en la Constitución española, por ejemplo, no aparece ninguna referencia a las tecnologías, la manera de formular la igualdad es muy tosca, sin toda la finura con la que lo haríamos hoy, por eso me resulta muy fascinante ver cómo los chilenos enfrentan el proceso”.

—Se ha discutido bastante la pertinencia de que quienes escriban la Constitución se anclen más en identidades que en partidos. ¿Cómo lo ve usted?

—La política ha estado muy focalizada en qué tipo de cosas había que hacer y muy poco en quién debía hacerlas. Más en los objetos y muy poco en los sujetos. No es una cuestión baladí quién hace las cosas. Una vez cayó en mis manos un texto de anti-sufragistas franceses que no entendían por qué las mujeres querían votar en política, si ya votaban los hombres por ellas. Ahora nos resulta ridículo, pero hay que pensar que quien hace las cosas no es irrelevante en política y, por tanto, la subjetividad concreta de si uno es un pueblo originario o si la forma del Estado recoge una diversidad identitaria, si se es hombre o mujer y todas las identidades sexuales que hoy reconocemos, todo esto, no es una cuestión que necesariamente, como dicen algunos, vaya a hacernos olvidar la vieja cuestión redistributiva.

—Pero sí ha planteado desafíos inéditos el cómo se logran acuerdos cuando son tantas las agendas en discusión.

—Probablemente hay que aceptar que esa complicación de las agendas políticas no es un capricho sino que responde a la complicación de la realidad que se tiene que gobernar. Lo que teníamos antes era una agenda muy simplista, pensando que había dos o tres problemas y resulta que hay diez o quince. A mí, la multiplicación de los temas de conflicto, politización y discusión no me parece una mala

noticia. Estamos aceptando un principio democrático fundamental, que a mí me gusta resumir en preguntarse, continuamente, ¿a quién están, de manera deliberada o no, excluyendo nuestras prácticas sociales? ¿a costa de quién estamos haciendo esto? El principio de inclusión que nos lleva a interrogarnos críticamente si no estaremos haciendo algo a costa de un tercero que no está en la fiesta y no se entera. Esto movió todas las luchas anti-coloniales, los combates feministas, y también la agenda ecológica.

Imprevisibilidad de la libertad humana

Como pensador, por décadas, Innerarity ha aportado al debate público hablando de democracia. Es su tema de estudio, lo analiza desde distintas ópticas, y le concierne desde temprana edad, dice, por razones biográficas. “Nací en un país no democrático y vi la transformación de una sociedad hacia una democracia, amenazada en muchos momentos, y eso me llevó a un compromiso personal en favor de ella”, dice. Hoy, explica, observa lo que considera “un gran desfase entre el mundo contemporáneo, los problemas que nos arroja, y los instrumentos que tenemos para hacer frente a esos problemas, con una lógica democrática de respeto a los valores democráticos”.

En sus textos, Innerarity ofrece una actualización: “La mayor parte de nuestros conceptos relativos a la democracia, como participación, representación, soberanía, etcétera, fueron inventados o formulados hace 200, 300 años. Y en estos años, el mundo ha cambiado muchísimo, en todos los órdenes, y esos conceptos no han sido repensados. Esa, diría, es la brecha fundamental entre el mundo en el que nace la democracia y como nos la encontramos hoy. En el corto tiempo de mi vida, he visto que hemos pasado por euforias, decepciones, indignación, confianza en los expertos, ahora mismo estamos en un momento un poco histérico, en relación con el impacto que la inteligencia artificial va a tener en la democracia: para unos es la solución definitiva y la despedida de la vieja política ideologizada; para otros, en cambio, es un golpe mortal. Todos estos hechos hacen que la democracia sea y siga siendo un tema de discusión. Y en mi caso concreto, mi proyecto intelectual hace aproximados 20 años es formular eso que hice en mi libro “Una teoría de la democracia compleja: Gobernar en el siglo XXI”, que es lo que pretende ser mi aporte a ese debate”. En él, Innerarity sugiere que la principal amenaza de la democracia no es la violencia ni la corrupción, sino la simplicidad, y ofrece mirar desde la óptica de la complejidad las transformaciones del mundo moderno.

—¿Por qué es importante hablar de democracia e inteligencia artificial?

—Porque tenemos un conjunto de instrumentos tecnológicos poderosísimos que originan dos tipos de retos. Por ejemplo, pensemos en la angustia que produce a muchos la posible amenaza de la robotización sobre su puesto de trabajo. Por lo

tanto, hay un primer conjunto de problemas sobre cómo van a impactar estas tecnologías, en este caso me interesa particularmente, en nuestra forma de organización democrática de la vida política. Y tenemos otro tipo de desafío, no tan negativo, sino más bien propositivo, que es cómo podemos configurar estas tecnologías, el entorno regulatorio de ellas, de manera que sirvan para mejorar nuestra democracia.

—Usted ha dicho que gobernar se ha vuelto una cuestión algorítmica, ¿por qué?

—Es una apreciación simplemente cuantitativa, no normativa. Cada vez hay más decisiones que se toman de acuerdo con big data, algoritmos y programas que facilitan la decisión. Muchas decisiones del poder judicial se toman apoyándose, en parte o en todo, en programas que hacen lo que se llama la ‘política predictiva’. Por ejemplo, para dar un permiso penitenciario, o formular un cambio en la situación penitenciaria, se establece la verosimilitud de reincidencia del reo, ese tipo de cosas. Otro tema sería la pandemia, la primera en la historia de la humanidad que, además de otras peculiaridades, ha supuesto una enorme gestión de datos. La introducción de procedimientos de análisis de datos, de gestión de la información e incluso de la automatización de una parte, al menos, de las decisiones para algunos asuntos de gran relevancia va a ser cada vez más inevitable.

—Se ha planteado como limitación de la ‘gobernanza algorítmica’ que esta proyecta nuestro futuro respecto al pasado y a lo que se espera de ‘ese’ pasado.

—Ahí hay un gran problema y es que casi toda la analítica predictiva, sobre cómo nos vamos a comportar en el futuro, parte del supuesto de que nuestro comportamiento futuro estará en continuidad con el del pasado. En muchas ocasiones es cierto, pero hay actos creativos en la historia humana, pequeños a grandes, que implican cambio. Hay revoluciones en la historia; en Chile está el proceso constituyente, que no era previsible hace unos pocos años. Hay momentos de ruptura, de transformación y conversión en la dinámica de las personas y sociedades, y los procedimientos algorítmicos son muy conservadores, en el sentido radical de la palabra: nos piensan demasiado atrapados en nuestro pasado. No hemos desarrollado una tecnología de previsión del futuro que acierte a dar un espacio a la imprevisibilidad de la libertad humana, y esto es un cierto límite infranqueable, porque las máquinas que hacen predicciones se alimentan exclusivamente del presente y del pasado. Hannah Arendt definía como lo peculiar del ser humano la capacidad de comienzo, de idear y dar origen a cosas impredecibles, que no tienen explicación en el pasado. No tenemos un pasado determinista que explique todo lo que haremos en el futuro. Lo explica en buena medida pero no todo. Ese diferencial hace que las máquinas tengan un límite en cuanto a su anticipación del futuro.

Ser gestores del desconocimiento

—Usted habla de la sociedad del des-



“Hay un gran desfase entre el mundo contemporáneo, los problemas que nos arroja y los instrumentos que tenemos para hacer frente a esos problemas con una lógica democrática”.



Ahora mismo la política está muy espectacularizada (...) Hay que quitar esa parte de chisme para ir a una política más despersonalizada, no reducida a la mera información acerca de los insultos que se confieren unos a otros”.

conocimiento pero, ¿cómo la explica si hoy hay tanta información?

—Porque la información no es conocimiento. Cuando empecé a dar clases en la universidad, a principios de los 80, lo que yo tenía adelante era gente con poca información. Y la mitad de mis clases eran suministrar información. Lo que hemos hecho los profesores es irnos retirando de la función de suministradores de información y tratado de conferir una capacidad de discernimiento, orientación, criterio, y de interpretación del mundo de esa realidad. De alguna manera, lo que los profesores no tenemos que hacer es competir con Google: sabe más y siempre sabrá más en el terreno de la información. Pero sobre hacerse una imagen coherente del mundo, tener un criterio, pensar una realidad novedosa, hacer una síntesis, expresarla bien, formularla con belleza y con precisión, eso Google no te lo va a dar. La información no es el gran problema. El gran problema del mundo actual es la orientación.

—¿Propone ser un buen administrador de la información?

—Sí, configurarnos como buenos administradores de la información y, al mismo tiempo, como buenos gestores de nuestro desconocimiento. Buena parte del mundo con el que nos relacionamos, y con esto estoy pensando en los riesgos, en las incertidumbres, en las crisis futuras, son cosas que no conocemos bien, que no podemos conocer y que probablemente nunca conozcamos. Pero las tenemos que gestionar de alguna manera. Tengo que gestionar el riesgo de diverso tipo. Tenemos que aprender a hacer algo con esa parte del mundo que se nos resiste al conocimiento, porque no podemos cruzarnos de brazos y pensar que con eso no se puede hacer algo. Se puede.

—Saber lo que no se necesita saber. Lo dice en “La democracia del conocimiento”...

—Es un ejemplo que pongo mucho en clases. Tenemos tiempo y atención limitada y por tanto es importante que aprendamos a renunciar a prestar atención a cosas que no lo merecen. Hay personas tóxicas de las que hay que huir. Informaciones o sitios. Por ejemplo, ahora mismo la política está muy espectacularizada. Y buena parte de la información que se da sobre la política responde a aspectos banales de las personas que ocupan cargos políticos. Se me informa de lo que le ha dicho el uno al otro con mucha profusión y, en cambio, somos informados poco del tema en discusión. Esa subjetivización de la información política es una enorme distracción. Hay que quitar esa parte de chisme y de espectacularización para ir a una política más despersonalizada, menos espectacular y no reducida a la mera información acerca de los insultos que se confieren unos a otros. A lo mejor, lo más relevante no está ocurriendo en el sitio más espectacular, ostentoso o donde se grita más, sino en uno silencioso, en una trastienda, para bien o para mal, donde alguien está conspirando o está trabajando por el bien de la humanidad.